



**Guy de Maupassant**

## **Blanco y azul**

Mi pequeña barca, mi querida barquita, toda blanca con una red a lo largo de la borda, iba suavemente, suavemente sobre la mar en calma, en calma, adormilada, densa, y también azul, azul de un azul transparente, líquido, donde la luz se hundía, la luz azul, hasta las rocas del fondo.

Los chalets, los hermosos chalets blancos, todos blancos, observaban a través de sus ventanas abiertas el Mediterráneo que venía a acariciar los muros de sus jardines, de sus hermosos jardines llenos de palmeras, de áloes, de árboles siempre verdes y de plantas siempre en flor.

Le dije a mi marinero, que remaba despacio, que se detuviera delante de la puerta de mi amigo Pol. Y grité con todos mis pulmones:

—¡Pol, Pol, Pol!

Apareció en su balcón, asustado como un hombre que uno acaba de despertar. El enorme sol de la una, deslumbrándolo, le hacía cubrirse los ojos con la mano.

Le grité:

—¿Quieres dar una vuelta?

—Voy, respondió

Y cinco minutos más tarde subía en mi

barquita.

Le dije a mi marinero que se dirigiera hacia alta mar.

Pol había traído su periódico, que no había podido leer por la mañana, y, tumbado al fondo del barco, se puso a ojearlo.

Yo miraba la tierra. A medida que me alejaba de la orilla, toda la ciudad aparecía, la hermosa ciudad blanca, tendida totalmente al borde de las olas azules. Después, por encima, la primera montaña, la primera grada, un gran bosque de abetos, lleno también de chalets, de chalets blancos, aquí y allá, parecidos a orondos huevos de pájaros gigantes. Se esparcían a medida que nos aproximábamos a la cima, y sobre la cumbre se veía uno muy grande, cuadrado, un hotel, tal vez, y tan blanco que parecía que se había vuelto a pintar la misma mañana.

Mi marinero remaba apáticamente, en meridional tranquilo; y como el sol que quemaba en el medio del cielo azul me cansaba los ojos, miré hacia el agua, el agua azul, profunda, a la cual los remos destruían su reposo.

Pol me dijo:

—Siempre nieva en París. Hay helada todas las noches a 6 grados.

Yo aspiraba el aire tibio inflando mi pecho, el aire inmóvil, adormilado sobre el mar, el aire azul. Y volví a levantar los ojos.

Y vi detrás la montaña verde, y por encima, allá, la inmensa montaña blanca aparecía. No se la descubría en un instante. Ahora, comenzaba a mostrar su gran pared de nieve, su alta pared brillante, cercada por una tenue cintura de cimas heladas, de cimas blancas, agudas como pirámides, a lo largo de la orilla, la suave orilla cálida, donde crecen las palmeras, donde florecen las anémonas.

Le dije a Pol:

—Aquí está la nieve, mira. Y le mostré los Alpes.

La extensa cadena blanca se extendía hasta perderse de vista y crecía en el cielo con cada golpe de remo que azotaba el agua azul. La nieve parecía tan vecina, tan próxima, tan espesa, tan amenazante que me daba miedo, me daba frío.

Luego descubrimos más abajo una línea negra, derecha, cortando la montaña en dos. Allá donde el sol de fuego dijo a la nieve de hielo: «Tú no irás más lejos».

Pol, que sujetaba siempre su periódico, pronunció:

—Las noticias de Piémont son terribles. Las avalanchas han destruido dieciocho pueblos. Escucha esto; y leyó: «Las noticias del valle de Aoste son terribles. La población enloquecida no tiene ya descanso. Las avalanchas sepultan una y otra vez los pueblos. En el valle de Lucerna los desastres son también graves. En Locane, siete muertos, en Sparone, quince, en Romborgogno, ocho, en Ronco, Valprato, Campiglia, que la nieve ha cubierto, contamos treinta y dos cadáveres. En Pirronne, en Saint-Damien, en Musternale, en Demonte, en Massello, en Chiabrano, los muertos son igualmente numerosos. El pueblo de Balzégliha ha desaparecido completamente bajo la avalancha. Nadie recuerda haber visto semejante calamidad. »Detalles horribles nos llegan de todas las costas. He aquí una entre mil:

»Un valiente hombre de Groscavallo vivía con su mujer y sus dos niños. La mujer estaba enferma desde hacía mucho tiempo.

»El domingo, día del desastre, el padre cuidaba a su mujer, ayudado por su hija, mientras que su hijo estaba en casa de un vecino.

»De repente, una enorme avalancha cubre la choza y la destruye. Una gruesa viga, al caer, corta casi en dos al padre, que muere en el instante. La madre fue protegida por la misma viga, pero uno de sus brazos queda cortado y triturado debajo.

»Con su otra mano podía tocar a su hija, prisionera igualmente bajo el montón de madera. La pobre pequeña gritó “Socorro” durante casi treinta horas. De vez en cuando decía: “Mamá, dame tu almohada para mi cabeza. Me duele.”

»Sólo la madre ha sobrevivido.»

Nosotros observábamos ahora la montaña, la enorme montaña blanca que siempre crecía, mientras que la otra, la montaña verde, no parecía más que una enana a sus

pies.

La ciudad había desaparecido en la lejanía.  
Nada más que la mar azul alrededor de  
nosotros, bajo nosotros, delante de nosotros,  
y los Alpes blancos detrás de nosotros, los  
Alpes gigantes con su pesada capa de nieve.  
Por encima de nosotros, el cielo ligero ¡de  
un suave azul dorado de luz!

¡Oh! ¡Hermoso día!

Pol continuó:

—¡Debe de ser horroroso esta muerte,  
bajo esta pesada espuma de hielo!

Y suavemente llevado por el mar, acunado  
por el movimiento de los remos, lejos de  
tierra, de la que no veía más que la cresta  
blanca, pensaba en esta pobre y pequeña  
humanidad, en esta insignificancia de vida,  
tan modesta y tan hostigada, que se movía  
sobre este grano de arena perdido en la  
polvareda de los mundos, en esta miserable  
tropa de hombres, diezmado por las  
enfermedades, aplastado por las avalanchas,  
sacudido y perturbado por los temblores de  
tierra, en estos pobres pequeños seres  
invisibles desde un kilómetro, y tan locos, tan  
vanidosos, tan pendencieros, que se matan  
unos a otros, no teniendo más que unos días  
para vivir. Yo comparaba las moscas que  
viven unas horas con los animales que viven  
algunos años, con los universos que viven  
algunos siglos. ¿Qué es todo esto?

Pol dijo:

—Sé una buena historia de nieve.

Le dije:

—Cuenta.

Él siguió:

—¿Te acuerdas del gran Radier, Jules  
Radier, el guapo de Jules?

—Sí, perfectamente

—Tú sabes cómo estaba orgulloso de su  
cabeza, de sus cabellos, de su torso, de su  
vigor, de sus bigotes. Él tenía todo mejor que  
los demás, pensaba. Y era un destroza  
corazones, un irresistible, uno de esos  
buenos mozos de media estopa que tienen  
mucho éxito sin que uno sepa realmente por  
qué.

»Ellos no son ni inteligentes, ni finos, ni  
delicados, pero tienen un temperamento de  
galantes chicos carniceros. Esto es suficiente.

»El pasado invierno, estando París cubierto de nieve, fui a un baile a casa de una galante mujer, que conoces, la bella Sylvie Raymond.»

—Sí, perfectamente.

—Jules Radier estaba allí, llevado por un amigo, y yo vi cómo él agradaba mucho a la señora de la casa. Yo pensé: «He aquí uno al que la nieve no molestará en absoluto para irse esta noche».

»Luego me ocupé yo mismo de buscar alguna distracción entre el montón de bellas disponibles.

»No tuve éxito. No todo el mundo es Jules Radier y me fui, completamente solo, hacia la una de la mañana.

»Delante de la puerta, una decena de simones esperaban tristemente a los últimos invitados. Parecían tener ganas de cerrar sus ojos amarillos, que miraban las aceras blancas.

»Como no vivía lejos, quise volver a pié. Y al girar la calle percibí una cosa extraña: una gran sombra negra, un hombre, un gran hombre, se meneaba, iba, venía, patinaba en la nieve levantándola, arrojándola, esparciéndola delante de él. ¿Era un loco? Me acerqué con precaución. Era el bello Jules.

»Sujetaba con una mano sus botines de charol y de la otra sus calcetines. Su pantalón estaba subido por encima de sus rodillas, y corría en redondo, como en una doma, empapando sus pies desnudos en esta espuma helada, buscando los lugares donde permanecía intacta, más espesa y más blanca. Se movía, daba coces, hacía movimientos de encerador de suelo.

»Permanecí estupefacto.

»Murmuré:

»—¡Pero qué! ¿Perdiste la cabeza?

»Él respondió sin pararse:

»—En absoluto, me lavo los pies. Figúrate que he seducido a la bella Sylvie. ¡Hay una oportunidad! Y creo que mi buena suerte va a materializarse esta misma noche. Al hierro candente hay que batir de repente. Yo no había previsto esto, sino habría tomado un baño.»

Pol concluyó:

—Como puedes ver la nieve es útil para

alguna cosa.

Mi marinero, cansado, había dejado de remar. Permanecimos inmóviles sobre el agua serena.

Le dije al hombre:

—Volvamos. Y él retomó los remos.

A medida que nos aproximábamos a tierra, la alta montaña blanca disminuía su altura, se hundía detrás de la otra, la montaña verde.

La ciudad volvió a aparecer, semejante a una espuma, una espuma blanca, al borde del mar azul. Los chalets se mostraron entre los árboles. Ya no percibíamos más que una línea de nieve, por encima, la línea labrada de cimas que se perdía a la derecha, hacia Niza.

Después, una única cumbre quedó visible, una gran cumbre que desaparecía poco a poco ella misma, comida por la costa más próxima.

Y pronto no vimos nada más que la orilla de la ciudad, la ciudad blanca y el mar azul sobre el que se deslizaba mi barquita, mi querida barquita, al suave ruido de los remos.

Gil Blas, 3 de febrero de 1885

La boda del

lugarteniente Laré

Le mariage du lieutenant Laré

Desde el comienzo de la campaña, el lugarteniente Laré arrebató a los prusianos dos cañones. Su general le dijo: "Gracias, lugarteniente", y le entregó la cruz de honor. Como él era tan prudente como valiente, sutil, inventivo, lleno de astucias y recursos, se le confió un centenar de hombres y organizó un servicio de exploradores que, en las retiradas, salvó muchas veces a la armada.

Pero como un mar desbordado, la invasión penetraba por toda la línea fronteriza. Se trataba de enormes oleadas de hombres que llegaban, unos a continuación de los otros, dejando tras ellos un desecho de merodeadores. La brigada del general Carrel, separada de su división, retrocedía sin cesar, batiéndose día tras día, pero se mantenía casi intacta, gracias a la vigilancia y celeridad del lugarteniente Laré, que parecía estar por todas partes al mismo tiempo, desbarataba todas las artimañas del enemigo, burlaba sus

previsiones, desorientaba a sus ulanos, asesinaba sus avanzadillas.

Una mañana, el general lo hizo llamar:

—Lugarteniente —dijo— tengo aquí un despacho del general de Lacère que está perdido si nosotros no llegamos en su auxilio mañana al amanecer. Está en Blainville, a ocho horas de aquí. Usted partirá al caer la noche con trescientos hombres que irá relevando a lo largo del camino. Yo los seguiré dos horas después. Estudie la ruta con atención; temo encontrar una división enemiga.

El frío era intenso desde hacía ocho horas.

Dos horas antes la nieve comenzó a caer; por la noche la tierra estaba cubierta y densos remolinos blancos hacían volar los objetos más próximos. A las seis, el destacamento se puso en marcha. Dos hombres iban en avanzadilla, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres bajo las órdenes del propio lugarteniente. El resto avanzaba a continuación en dos largas columnas. A trescientos metros sobre el flanco de la pequeña tropa, a derecha e izquierda, algunos soldados iban de dos en dos. La nieve, que caía sin parar, los cubría de un blanco polvo en la sombra; ésta no se derretía sobre sus ropas, de forma que, a medida que oscurecía, apenas manchaban la palidez uniforme del campo.

Hacíamos una parada de vez en cuando.

En esos momentos no escuchábamos más que el innumerable arrugamiento de la nieve que cae, más sensación que ruido, suave murmullo, siniestro y vago. Una orden se comunicaba en voz baja, y, cuando la tropa volvía a ponerse en marcha, dejaba detrás de ella como una especie de fantasma blanco por encima de la nieve. Poco a poco se iba borrando y terminaba por desaparecer. Eran los escalafones jerárquicos los que debían guiar a la armada.

Los exploradores ralentizaron su marcha.

Algo se alzaba delante de ellos.

—Giren hacia la derecha —dijo el lugarteniente— es el bosque de Ronfé; el castillo se encuentra más hacia la izquierda. Rápidamente la palabra: "¡Alto!" circuló. El destacamento se paró y esperó al

lugarteniente que, acompañado solamente de diez hombres, llevaba a cabo un reconocimiento hasta el castillo.

Avanzaban, arrastrándose bajo los árboles.

De repente todos se quedaron inmóviles. Una calma horrorosa planeó sobre ellos. Después, muy cerca, una vocecita clara, musical y joven atravesó el silencio del bosque. Decía:

—Padre, vamos a perdernos en la nieve.

No llegaremos jamás a Blainville.

Una voz más fuerte respondió:

—No temas nada, hijita, conozco el país como la palma de mi mano.

El lugarteniente dijo algunas palabras, y cuatro hombres se alejaron, como sombras, sin hacer ruido.

De repente un grito de mujer, agudo, se elevó en la noche. Dos prisioneros comparecieron ante él: un anciano y una niña. El lugarteniente los interrogó, siempre con voz baja.

—¿Nombre?

—Pierre Bernad.

—¿Profesión?

—Bodeguero del conde de Ronfé.

—¿Es su hija?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es costurera del castillo.

—¿A dónde se dirigen?

—Huimos.

—¿Por qué?

—Doce prusianos han pasado esta noche.

Han fusilado a tres guardas y colgado al jardinero; yo he tenido miedo por la pequeña.

—¿A donde van?

—A Blainville.

—¿Por qué?

—Porque allí hay un ejército francés.

—¿Conocen el camino?

—Perfectamente.

—Muy bien, sígannos. Reunimos a la columna y comenzó la marcha campo través.

Silencioso, el anciano se mantenía a los lados del lugarteniente. Su hija iba cerca de él. De repente se paró: —Padre —dijo— estoy tan cansada que no iré más lejos. Y se sentó.

Temblaba de frío y parecía dispuesta a morir. Su padre quiso llevarla. Era demasiado viejo y débil.

—Mi lugarteniente —dijo sollozando—, nosotros entorpeceríamos su marcha.

¡Francia ante todo! Déjennos.

El oficial había dado una orden. Algunos hombres habían partido. Volvieron con ramas cortadas. Entonces, en un minuto, fue hecha una litera. El destacamento entero las había reunido.

—Allá hay una mujer que se muere de frío —dijo el lugarteniente— ¿quién quiere donar su abrigo para cubrirla?

Doscientos abrigos se quitaron a la vez.

Unos veinte de ellos fueron arrojados sobre la camilla.

—¿Y ahora, quién quiere llevarla?

Todos los brazos se ofrecieron. La joven fue envuelta con estas cálidas capotas de soldado, acostada suavemente sobre la litera y después cuatro robustas espaldas la levantaron; y, como una reina de Oriente llevada por sus esclavos, fue colocada en el medio del destacamento, que retomó su marcha con más intensidad, más ánimo, más alegría, estimulado por la presencia de una mujer, esta soberana musa que ha hecho llevar a cabo tantos prodigios a la vieja sangre francesa.

Al cabo de una hora nos paramos de nuevo y todo el mundo se acostó sobre la nieve. Allá abajo, en el medio de la llanura, se extendía una gran sombra negra. Era como un monstruo fantástico que se alargaba como una serpiente y después, de repente, se encogía en una bola, cogía impulsos vertiginosos, se paraba, volvía a partir sin cesar. Las órdenes circulaban en murmullos entre los hombres y, de vez en cuando, un ruidito seco y metálico crujía. La forma errante se aproximó bruscamente, y la vimos venir al trote, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche. Un fulgor terrible les mostró de repente doscientos hombres acostados delante de ellos. Una detonación rápida se perdió en el silencio de la nieve, y los doce, con sus doce caballos, cayeron.

Esperamos mucho tiempo. Después retomamos la marcha. El anciano que habíamos encontrado servía de guía.

Por último, una voz muy lejana gritó:

"¡Quien vive!" Otra más próxima respondió

con una orden. Esperamos de nuevo; se entablaban conversaciones. La nieve había dejado de caer. Un viento frío barría las nubes, y detrás de ellas, más alto, innombrables estrellas centelleaban.

Palidiecieron y el cielo se volvió rosa hacia el Oriente.

Un oficial de rango mayor vino a recibir al destacamento. Pero como él preguntaba a quién llevábamos en la litera, ella se movió; dos manecitas apartaron los gruesos capotes azules, y, rosa como la aurora, con unos ojos más claros que las estrellas que habían desaparecido, y una sonrisa luminosa como el sol que se levantaba, una bonita figura respondió:

—Soy yo, señor.

Los soldados, locos de alegría, aplaudieron y llevaron a la joven triunfalmente hasta el medio del campo, donde se custodiaban las armas. Poco después el general Carrel llegaba.

A las nueve los prusianos atacaban.

Éstos se batieron en retirada a medio día.

Por la tarde, como el lugarteniente Laré, muerto de cansancio, se quedaba dormido sobre un haz de paja, vinieron a buscarlo de parte del general. Lo encontró bajo su tienda, charlando con el anciano que había encontrado en la noche.

Tan pronto como hubo entrado, el general lo tomó por la mano y dirigiéndose al desconocido:

—Querido conde —dijo— he aquí al joven del que me hablaba hace un rato; uno de mis mejores oficiales.

Sonrió, bajó la voz y añadió:

—El mejor.

Después, girándose hacia el estupefacto lugarteniente, le presentó "al Conde de Ronfé-Quédissac".

El anciano le tomó las dos manos:

—Mi querido lugarteniente —dijo—, usted ha salvado la vida de mi hija, yo no tengo más que un medio de darle las gracias... en unos meses venga a decirme... si ella le gusta...

Un año después, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el capitán Laré se casaba con la señorita Louise-Hortense-Geneviève de

Ronfé-Quédissac. Ella aportaba seiscientos mil francos de dote y era, se decía, además, la boda más hermosa que pudimos ver aquel año.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

